

# La hora de Rajoy y otras más gloriosas

Por Manuel Rodríguez Rivero

**T**OMEN NOTA: "Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría y también de la locura, la época de las creencias y de la incredulidad, la era de la luz y de las tinieblas, la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación". Así, más o menos (la traducción es mía), se refiere Dickens a los años anteriores a la Revolución Francesa en el *incipit* de *Historia de dos ciudades* (1859), una novela histórica para cuyo telón de fondo ideológico se inspiró en un *best seller* contemporáneo: la *Historia de la Revolución Francesa* (1837), de Thomas Carlyle, que tanta influencia iba a ejercer sobre pensadores y políticos antidemócratas (de Nietzsche a Goebbels) en los siguientes 100 años. Por cierto, que el primer tomo del manuscrito del célebre pensador fue arrojado al fuego por error por la criada de John Stuart Mill, un buen amigo a quien Carlyle se lo había prestado para que le diera su opinión: imaginense el disgusto del prócer (la historia —y tampoco la "microhistoria"— no se ha ocupado de lo que le pasó a la doméstica). En todo caso, aquella frase inicial puede aplicarse, con diferente grado de intensidad, a cualquier periodo de turbulencia política o social. He recordado la cita estos días, a medida que se iban conociendo los papeles de Panamá, y por todas partes (y, especialmente aquí, donde las corrupciones siempre llueven sobre mojado) crece la desafección de la ciudadanía hacia sus políticos. Mientras a diario se representa en los medios la mojiganga de la búsqueda desganada de los pactos, y se aproxima el horizonte ("sería un fracaso", dicen todos con la boca chica) de nuevas elecciones con presumible récord de abstención, resulta patética la oferta de Rajoy de devolvernos a la hora de Greenwich (lo que, en todo caso, no estaría mal). Tradicionalmente, los políticos se acuerdan de modificar horarios o calendarios cuando quieren demostrar que están por el cambio. En 1942 nuestro último dictador nos puso a la hora de Alemania, que era lo que tocaba; 20 siglos antes, en el 46 antes de Cristo, Julio César, con la ayuda del astrónomo Sosígenes, creó el calendario que lleva su nombre y que, con las

correspondientes modificaciones gregorianas, sigue rigiendo en buena parte del planeta. Ahora Rajoy quiere devolvernos al horario que nos corresponde, de modo que, por fin, se debe de oler que el *Zeitgeist* pinta cambios. Él querría estar en ellos, pero eso es casi metafísicamente imposible. Dicen que Borges, a quien un acompañante le venía dando el coñazo acerca de las grandes conquistas en el conocimiento del tiempo que la humanidad había realizado durante los últimos 100 años, le replicó que tal cosa no le extrañaba en absoluto, puesto que él mismo había hecho grandes conquistas en el conocimiento del espacio durante los últimos 100 metros. Claro que, como suele repetirme un filósofo amigo, en una carrera Aquiles (es decir, el cambio) no podrá nunca alcanzar a la tortuga (Rajoy) si alguien le da a ésta una ligera ventaja de salida. Y esa ventaja, añade mi amigo, se la dieron a Rajoy sus electores. Zenón de Elea nos coja confesados.

## Crumb

CAMBIAN LOS TIEMPOS y los públicos, y la lectura no es lo que era. No lo digo como elegía, sino como constatación. Por ejemplo, el auge de la novela gráfica y del cómic: cada día se editan más y mejores muestras que se venden bien en una época en la que ya no resulta nada fácil ni siquiera vender los *best sellers* más *bestsellers*, como indica el Nielsen. En las últimas semanas me han llegado, entre otros muchos, libros de dibujos de El Roto (*Desescombros*; Reservoir Books), Liniers (*Macanudo II*; Reservoir Books), Oski (*Ars Amandi*; Zorro Rojo), Gervasio Troche (*Dibujos invisibles*; Lumen), además de dos excelentes ejemplos de los nuevos modos de contar historias con

dibujos: *Intrusos* (Sapristi), que incluye seis relatos de Adrian Tomine, y *El día de Julio* (La Cúpula), una saga familiar del también californiano Gilbert (Beto) Hernández. Pero permítanme que me moje recomendándoles un álbum compacto que me tiene fascinado: *Héroes del blues*,

1958) —de quien ahora mismo estoy escuchando su versión de *Nobody's Business*—, en un *general store* de Clarksdale, Misisipi, una de las mecas del blues. Ahora aparecen juntos en un álbum a todo color y tapa dura que se vende a 25 eurillos e incluye un cedé con música (blues, *country* y jazz) seleccionada por el propio Crumb. Disfrútenlo.

## Max

MI ANTIGUO COMPAÑERO Max regresa con una obra mayor. El Museo del Prado —lo que indica que allí también se mueven cosas— le encargó (dándole carta blanca) un cómic sobre El Bosco para acompañar la gran exposición organizada con motivo del quinto centenario de la muerte del gran pintor de Hertogenbosch, capital de Brabante que aquí llamábamos Bolduque. Max, que es un dibujante concienzudo y que se documenta bien, se ha pasado varios meses sumergiéndose en la obra de El Bosco antes de ponerse a trabajar. El resultado —al que he podido tener acceso privilegiado y casi clandestino— es una increíble historia de 72 luminosas y más bien austeras páginas, dispuesta en tres partes en torno a otras tantas obras del pintor: *La extracción de la piedra de la locura*, *Las tentaciones de san Antonio* y *El jardín de las delicias*. Max ha elaborado su reflexión gráfica a dos tintas sobre el arte de El Bosco a partir de pistas visuales y conceptuales que están presentes y evolucionan a lo largo de cada una de las partes de la historia, suministrando una original perspectiva de la propia evolución intelectual del maestro. Por lo demás, el hecho de que el fascinante tríptico (220 × 389 centímetros) de *El jardín de las delicias* fuera un encargo (probablemente de Enrique III de Nassau) le ha permitido a Max una reflexión oblicua acerca de su propio encargo (por El Prado). El álbum, editado por el museo, se publicará a principios de mayo. Ya me he puesto a la cola. •



Retrato de Big Bill Broonzy, de Robert Crumb.

el jazz y el *country* (Nórdica), de Robert Crumb, que reúne los retratos de varias docenas de grandes intérpretes de la más genuina música estadounidense. El viejo y rijoso Crumb (Filadelfia, 1943), que me dejó buen recuerdo personal cuando lo conocí en el festival La Risa de Bilbao de 2013, pintó estos retratos para ser reproducidos y comercializados como cromos o postales. Yo conseguí a buen precio el de mi adorado Big Bill Broonzy (1893-

EN POCAS PALABRAS  
Javier Vargas

## "El primer blues es el llanto del recién nacido"

Por Fernando Neira

MADRILEÑO DE 1958, EL guitarrista de blues Javier Vargas es sinónimo de la incombustibilidad. Acaba de publicar *Hard Time Blues*, que hace el título número ¡25! en su discografía.

—¿Cómo conservar la pasión tras dos docenas de álbumes?

—Plasmando vivencias siempre personales y sintiéndome un artesano. Ni tengo conciencia del pasado ni me planteo específicamente grabar discos: solo voy coleccionando ideas y *riffs* en el teléfono y me pongo a ordenar y seleccionar cuando dispongo de un volumen suficiente.

—No parece un método muy sofisticado...

—Nunca lo he sido. A mediados de los setenta, cuando vivía en Nashville y Los Ángeles, me apañaba con dos grabadoras de cassette: en una grababa el ritmo; en la otra, la guitarra, voz y solos.

—¿Qué habría pasado si llega a quedarse en Estados Unidos?



—Habría hecho una carrera grandiosa, pero Los Angeles es una ciudad aburridísima de lunes a jueves. Salías los fines de semana y el resto del tiempo era todo un muermo. Madrid resultaba, en cambio, un continuo continuo, un meneo creativo.

—¿Le incomoda que le consideren un veterano?

—Empecé a tocar en 1968, así

que no soy un principiante. Vivo el presente, pero me formé en la generación de Woodstock: me tengo por hijo de los Doors, Free, Deep Purple, Led Zeppelin y los Fleetwood Mac de Peter Green. Y, sí, ¡soy un tío *vintage*!

—¿Cómo explicaría a unos jovencitos qué rayos es el blues?

—Es un grito desgarrador que transforma lo malo en bueno, igual que le sucede a los bebés. El primer blues de la historia es el llanto del recién nacido al salir del vientre de su madre.

—¿Hay muchos motivos para llorar en este *Blues de los malos tiempos*?

—Cada vez que escuchas el telledario los encuentras. Las cosas insostenibles que estamos viendo en Grecia, por ejemplo, me hacen sentir infeliz como integrante de esta raza humana. Solo nos queda la esperanza de la cultura y del arte; ni la política ni las promesas son motivos para creer.

—¿Es el tema *Welcome to the World* ese punto esperanzado?

—Nunca soy muy consciente de lo que he hecho hasta algún tiempo después, pero tiene sentimiento, bebe del *rhythm & blues* y de Van Morrison y, sí, puede que sirva como catarsis. En realidad, no hago música para aliviar, la hago para mí. No intento contentar a muchos, sino satisfacerme.

—Hay que llegar a fin de mes...

—Sí, pero paso de machacarle el cerebro a nadie con músicas pagadas. Grabo discos desde 1991 por necesidad vital y me siento músico de las grandes minorías.

—¿Cómo a un hombre de blues le dio por escribir una canción titulada *Ibiza Moon*?

—Asocio la isla con Bob Marley, no con David Guetta. Tengo casa allí y me he cruzado con Ron Wood o Bo Diddley. Me parecen muy dignos los DJ y respeto el *house*, pero me aburre. Prefiero los músicos reales. •